

## Capítulo X

A las diez de la mañana llegó el doctor Aresti a Bilbao, un domingo del mes de septiembre.

El tren de Portugalete iba repleto de obreros procedentes de las minas y las riberas de la ría. Todos mostraban prisa por llegar a la Plaza de Toros. Se celebraba en ella un gran mitin de protesta contra los patronos por no querer aceptar las proposiciones de los mineros. Estos hacía dos meses que venían amenazando con la huelga. La reunión popular era el ultimátum que lanzaban los trabajadores.

Los primeros trenes de la mañana habían trasladado a Bilbao mayores cargamentos humanos, viendo su llegada con cierta alarma las gentes de la villa.

No todos iban al mitin. Descendían también de los vagones aldeanos con gruesos garrotes escoltando a los curas de sus anteiglesias. Estos grupos rurales llegaban para la gran romería que iba a subir por la tarde al santuario de Begoña.

El mitin de los trabajadores y la fiesta organizada por los jesuitas y los bizkaitarras coincidían en el mismo día. Un ambiente belicoso, que excitaba los nervios, haciendo más duras las palabras y más insolentes las miradas, parecía pesar sobre la población.

En el camino había apreciado Aresti el estado de los espíritus. El vagón estaba ocupado por obreros y por campesinos de los que iban a la romería. Unos y otros se contemplaban hostilmente. Los aldeanos acariciaban nerviosamente sus *cachabas*, oyendo las burlas de la gente de las fábricas.

Callaban, porque en esta vía férrea, invadida por la industria moderna, eran menos las gentes del campo. ¡Ay, si hubiese sido en la línea de Durango, por donde descendían los rebaños de la fe, para la fiesta de la tarde, en manos cerradas, con sus curas y estandartes a la cabeza!... Al bajar del tren, el doctor Aresti oyó que alguien le llamaba. Era el capitán Iriondo, vestido con un traje viejo que le servía para sus expediciones de caza. Llevaba la escopeta pendiente del hombro, y el perro junto a él, husmeándole las manos.

—Buscas la bronca, ¿eh?... —dijo al médico—. Tú vienes porque te gustan estas cosas, y yo me voy por no verlas.

Se marchaba a cazar *chimbos* a cualquier parte. Le interesaba huir de Bilbao para no ver lo que seguramente iba a ocurrir.

—El aire huele a pólvora, querido *Planeta*: ya llueven palos. Al venir hacia la estación, esta Bilbao tan nueva y tan bonita me recordaba la que conocí durante el sitio. Los socialistas, los republicanos, todos los que creen que esto marcha mal, se están reuniendo en la Plaza de Toros, entre banderas y vivas. Los otros se citan para la tarde en las iglesias y se enseñan los revólveres en los rincones de las sacristías. El padre Paulí predica hace tiempo que hay que morir por la fe: el zascandil de Urquiola anda arengando a la juventud salida de Deusto para que mate en nombre de Dios. La pobre villa parece un huevo entre dos piedras, y yo me voy, Luis, me voy, y admiro el gusto que tienes en presenciar estas cosas.

Aresti le escuchó con interés. Realmente había hecho el viaje atraído por la posibilidad de un choque. Deseaba ver cómo los obreros de la montaña y los industrialillos de la villa se atrevían por primera vez con el jesuitismo. Ya era hora de que Bilbao se levantase contra el enemigo que se deslizaba en sus entrañas, después que por dos veces lo había derrotado ante sus improvisadas trincheras, cuando se cubría con la boina blanca.

—En esto llevas razón, Luis —dijo el capitán enardeciéndose—. Si me voy, es porque no puedo aguantar lo que se ve en esas calles. Al levantarme no pensaba en salir al campo, pero de repente he cogido la escopeta para huir. ¡Porra! ¿De qué nos ha servido tanto comer pan de habas y carne de caballo a los que disparábamos el fusil en las trincheras, si aquellos a quienes hacíamos huir se nos han metido ahora en casa y parecen los amos?... ¡Cómo está hoy Bilbao, chiquillo! No se puede dar un paso sin tropezar con un cura. Los que hace años bombardearon la villa y hoy darían cualquier cosa por verla entre llamas, se pasean por ella como señores. Han bajado en manada para visitar a la Virgen, llevando el revólver en el bolsillo, y miran a todos con insolencia, como deseando que llegue pronto el momento de matar perros liberales.

El capitán mostraba prisa en irse. De quedarse en la villa, tal vez se mezclase en la lucha. Tenía miedo a su entusiasmo; podía, sin darse cuenta, liarse a golpes con aquel carlismo vergonzante que tanto le irritaba.

—Yo no soy más que un empleado, Luis: un dependiente de Sánchez Morueta. ¡Y figúrate lo que diría doña Cristina si me viese mezclado en el jaleo! ¡Lo que diría el mismo Pepe, que tan cambiado está!... Bastante hago con defenderme y quedar a un lado, pues de obedecer sus gustos, tendría que ir esta tarde camino de Begoña.

El recuerdo del millonario y su familia hizo que el médico y el marino hablasen de la gran transformación de Sánchez Morueta. Muy poco había sabido Aresti de él después de su encuentro en el monasterio de Loyola.

—Es otro hombre —dijo Iriondo con tristeza—. Aquella casa va no es la misma.

Evitó dar más detalles, con la prudencia de un subordinado fiel que teme ser indiscreto. Pero su franqueza de viejo marino se sobrepuso.

—¡Qué porra! Tú eres de la familia, y debes saberlo todo. Además, eres mi amigo y quieres a Pepe. ¡Ay, *Planeta*! Aquello ya no es casa, es un convento, y cualquier día, el que fue nuestro grande hombre acabará por traernos al padre Paulí al escritorio para que dirija a los empleados. No se separa de él un instante.

Y describió con rudeza la nueva vida del millonario. Todos le dominaban, todos estaban sobre él: la esposa, la hija, hasta aquel niño inaguantable de Urquiola, que le decía con la mayor insolencia: «Tío, no haga usted eso.» «Tío, haga usted lo otro.» Por el momento, Sánchez Morueta sólo era el tío; pero no acabaría el año sin que el abogadillo le llamase papá. Se casaba con Pepita, y todos parecían satisfechos de tal matrimonio: la niña, la madre y el padre Paulí. El millonario callaba, como si estando contentos los demás no necesitasen consultar sus deseos. Urquiola frecuentaba ya el escritorio, dando órdenes imperativamente a los empleados. Hasta con el capitán se atrevía, con el viejo amigo de Pepe, a quien siempre había hablado éste con fraternal atención; pero el marino lo tenía a raya. ¡Porra! ¡A la vejez, después de una vida de noble e independiente trabajo, ser criado de este cachorro de Deusto!... Antes que sufrir esto, se retiraría, abandonando a Pepe, el cual, bien mirado, ya no era el Pepe que él conocía.

—¡Cómo nos lo han cambiado, Luis! ¿Querrás creer que un día, en el escritorio, al volver de Loyola, me contó con el mayor entusiasmo que había hecho una confesión general, un recuerdo de todos los pecados de su existencia, afirmando que después de esto se sentía con

mayor salud, como si viviese en otro mundo? No he presenciado caída como ésta. La mujer lo tiene tonto, y en esto la ayuda el pilluelo de Urquiola. ¿No sabes la última hazaña de ese tunante?... No la sabrás: todo Bilbao habla de ella, pero a las minas no llegan estas cosas.

Y relató a Aresti un suceso digno de la sección de tribunales de un periódico. Urquiola había dado un abortivo a una infeliz que vivía en los barrios altos y era su amante, sufriendo en silencio su esclavitud de miseria y de golpes, enamorada sin duda de la fachenda del atleta y de su petulancia nobiliaria. Al protegido del padre Paulí le aterraba sin duda la idea de tener un hijo, ahora que su matrimonio estaba concertado con la primera fortuna de Bilbao, y a viva fuerza había provocado el aborto. La enfermedad de la esclava y las murmuraciones de la vecindad habían hecho intervenir en el asunto al juzgado. ¡Un escándalo, pero nada más! En aquella población todo se doblegaba a la influencia de los Padres y al respeto que inspiran los ricos.

—Y Pepe —continuó el capitán—, sin enterarse de nada; y si algo sabe, como si no lo supiera. Basta que doña Cristina afirme que todo es mentira, para que él lo crea; basta que el padre Paulí le diga que Urquiola será un grande hombre, para que el escuche impasible sus necedades y bravatas de cabecilla. ¡Ay, Luis! ¡Qué dominación tan rápida y absoluta la de esa gente!...

Iriondo describía su influencia extendiéndose a todo lo que estaba bajo de la dirección de Sánchez Morueta: a las fábricas, las fundaciones y hasta los barcos. Sin respeto a su cargo de inspector de navegación de la casa, le hacían despedir a pilotos viejos que llevaban muchos años al servicio de Sánchez Morueta y admitir a otros jóvenes que, apenas tomaban posesión de su camarote, pegaban frente a la litera una imagen del Corazón de Jesús. El no osaba protestar ante el gesto autoritario del amo y el miedo a los que, ocultos tras de él, regulaban sus palabras y acciones.

La semana anterior le habían dado orden de despedir a todos los obreros que durante el trabajo de descarga de los buques profiriesen blasfemias o se mostrasen interesados en la propaganda de doctrinas impías. ¡Cristo! ¡El, a sus años, convertido en hermano de la Doctrina Cristiana, obligándole aquellos señores a que enseñase Catecismo y buenas palabras nada menos que a los cargadores del Nervión!...

—¿Y en los altos hornos? —exclamó después—. Allí va a haber cualquier día una huelga, seguida de la degollación de todos los beatos que toman las oficinas como terreno de conquista. Desde que se fue Sanabre, aquel chico tan simpático, la fundición es un infierno. Pepe tendrá cualquier día una sublevación ruidosa, y a los huelguistas no les faltará motivo. El trabajo y la honradez sólo tienen una importancia relativa para los que dirigen la casa. Los trabajadores que no son religiosos van a la calle, y los talleres se llenan poco a poco de hipócritas, que trabajan como saben o como quieren, pero que asisten a la misa y se inscriben en las sociedades de obreros católicos.

El decaimiento moral de Sánchez Morueta, la abdicación de su voluntad, irritaban al marino.

—Tu primo no osa moverse, Luis. Su famosa confesión general es como el traje nuevo de un chico: no se atreve a hacer nada por miedo a mancharse. Cuando de tarde en tarde le veo, me parece que tengo delante a un fraile. No sabe hablar más que de la muerte, de lo que encontraremos en la otra vida, y vuelta otra vez con la muerte por arriba y por abajo; y el muy camastrón tiene mejor color y está más fuerte que nunca. Si yo me atreviese con él, como tú, le diría: «¡Qué porra! Ya sé que hemos de morir, ¡vaya un descubrimiento! Pero mientras la muerte no llega, vivamos cada uno a nuestro gusto, sin hacer la santísima a los demás, que es lo único en que parecen gozarse los que piensan a todas horas en su alma.

Faltaban pocos minutos para que partiese el tren, y el capitán se despidió de Aresti.

—Esta tarde, en la romería, puede que tengas la gran sorpresa. Tal vez vaya en ella Pepe con su escapulario.

Aresti dio salida a su asombro con un juramento. ¡Quién! ¿Pepe sería capaz de exhibirse en aquella farsa?...

Iriondo no estaba seguro de ello, pero lo presentía. Era un suceso que había preocupado a la familia durante toda la semana. La esposa quería verle atravesar Bilbao, con la cabeza descubierta, en las filas de los devotos. ¡Qué triunfo para la religión!... Él, después de volver a la buena senda, no podía negar a Dios el prestigio que proporcionaría a la santa causa esta adhesión pública de un hombre de su fortuna y su poder. Se resistía el millonario, adivinando lo ridículo de esta humillación; defendíase agarrado a los restos de su antiguo carácter. Pero todos caían sobre él, martilleando la débil corteza de su voluntad reblandecida. La madre y la hija se lo suplicaban. ¡Las daría tanto placer con ello!... El padre Paulí hablaba con desprecio de los cobardes que sólo aman a Dios en su casa y temen manifestarlo públicamente. El matoncillo Urquiola hacía burla de los que no se atreven a salir a la calle por miedo a los impíos.

—Irás, estoy seguro —dijo el capitán con tristeza—. Lo arrastrarán, la familia de un lado, y de otro el miedo a parecer cobarde... ¡Adiós, Luis, y ten prudencia! Mira que hay cerrazón en el horizonte y la borrasca de esta tarde va a ser de cuidado.

El doctor subió la larga escalinata de la estación, y al salir al puente del Arenal vio muchos balcones con inscripciones en loor de la Virgen de Begoña. En las Siete Calles, lo más típico y tradicional de la población, las casas empavesadas ofrecían el aspecto de un villorrio. Trapos multicolores ostentaban entre banderas el mismo rótulo en honor de la «Señora de Vizcaya». Las gentes mirábanse con aire hostil; la población, dividida en dos bandas, parecía temblar de ira en este ambiente de acometividad. Los vecinos de la villa contemplaban con simpatía o con odio a los grupos de campesinos y de obreros, según eran sus creencias. Cada cual miraba con desconfianza al vecino, y todos decían lo mismo en sus conversaciones: —¡A la tarde!... ¡Oh, la tarde!... El doctor, después de vagar más de una hora por la villa, se encontró en el Arenal con un obrero de ropas haraposas y grandes barbas que le saludó con un gruñido, llevándose con cierta violencia la mano a la boina.

—Ya sabe, doctor, que usted es el único burgués que yo saludo.

Era el *Barbas*, el terrible solitario de Labraga, que pasaba sus horas de vagancia encogido en el suelo, inmóvil, como un profeta de horrores, escupiendo amenazas e insultos contra los ricos de su país. Hacía tiempo que los enemigos habían demolido su barraca, después de socavar el suelo. La vieja compañera había muerto de miseria, y él erraba por las minas, durmiendo a la intemperie, comiendo lo que le daban los peones y pagando esta limosna con insulto.

—¡Bestias! —les gritaba, como si cometiesen un crimen—. ¡Tenéis la dinamita en vuestras manos y la empleáis en eso!... El doctor contestó a su saludo alegremente: —¡Compañero! ¿Tú aquí?...

Había llegado por la mañana en un tren lleno de obreros. Por supuesto, sin billete. Los compañeros querían pagárselo, pero él había protestado, ocultándose debajo de un asiento para viajar sin que los burgueses le explotasen. —¿Y el mitin? —preguntó Aresti—. ¿No vas al mitin? El *Barbas* hizo un mohín del desprecio. El no perdía el tiempo en bobadas. Se sabía de memoria lo que allí podían decir. Necedades y cobardías. Pedir más jornal o que lo pagasen en esta forma o en la otra; reclamar, como quien pide limosna, mayores consideraciones para el que trabaja. ¡Como si esto sirviese de algo! Eran unos «cataplasmeros». Y en esta palabra envolvió todo su desprecio a los que buscaban con reformas paulatinas y una organización fuerte y disciplinada el mejoramiento del obrero.

—Cataplasmeros, doctor —gritó—, nada más que cataplasmeros. Este es un país acostumbrado a la disciplina y a la autoridad; por eso el pobre, que en otro tiempo fue carlista, cree ahora sin esfuerzo alguno en esas organizaciones casi militares que le prometen cambiar la sociedad poco a poco. Pero ya se cansarán de tanta sensatez y tanto politiquero obrero, y entonces seguirán al *Barbas* y a otros como él, y en veinticuatro horas se arreglará todo... o acabará todo. El pobre pide justicia, y la justicia no se solicita a pedazos ni se regatea. Se toma como se puede, aunque acabe el mundo.

Después explicó por qué había hecho el viaje. Únicamente le interesaba lo que pudiese ocurrir por la tarde. Quería convencerse de que los pobres se atrevían por fin con los ricos; deseaba ver cómo corrían los enemigos odiados por él, sin que les valiese la protección de los ídolos celestiales a los que levantaban palacios, mientras él vagaba por el monte como un perro sin abrigo.

La esperanza del choque y de la lucha le estremecía de placer. Husmeaba el ambiente amenazador, como un viejo caballo de guerra que relincha oliendo la pólvora.

—¡Bronca!... ¡Ya se ha armado! —exclamó con alegría, mirando al otro lado del puente. Por la avenida del Ensanche corría a todo galope un grupo de jinetes de la Guardia civil. En último término veíase una gran masa de gente, una mancha negra matizada por el rojo flotante de algunas banderas.

Era el público que salía del mitin y se detenía ante los balcones de las mejores casas, protestando de las colgaduras en honor de la «Señora de Vizcaya». La gente silbaba: comenzaron a volar piedras por encima de la negra masa: caían con estrépito las vidrieras rotas.

Aresti se vio solo. El *Barbas* corría hacia el gentío, dando gritos de entusiasmo. «¡Duro, duro! ¡No empieza mal la cosa!...» Quiso ir el doctor hacia el Ensanche, pero se detuvo viendo que la muchedumbre avanzaba lentamente su pesado oleaje con dirección al Arenal. La caballería, impotente para contenerla, se limitaba a ir con ella, creyendo evitar así mayores desmanes.

Pasó la manifestación el puente, extendiéndose por el Arenal y las calles inmediatas. Eran obreros en su mayoría y jóvenes de la población, cuyos sombreros se destacaban entre el oleaje de boinas y gorras. Unos aclamaban a la Revolución social; otros daban vivas a la República; algunos gritaban «¡viva España!» ante las inscripciones en vascuence, viendo en estas loas a la «Señora de Vizcaya» un hipócrita insulto a la integridad nacional. Era una amalgama de todos los odios contra aquella Bilbao dominada por la Compañía de Jesús y formada a su imagen.

El grito de «¡abajo los jesuitas!» era contestado por un rugido unánime de la masa. En las calles inmediatas al Arenal caían a pedradas los cristales. Algunos chicuelos subían por las fachadas con agilidad de monos para arrancar las colgaduras de la Virgen de Begoña, dejándolas caer sobre el gentío, que las hacía pedazos.

Una noticia circuló como un relámpago por la gran masa detenida en el Arenal. Estaban prendiendo fuego a la iglesia de los jesuitas. Una parte de la manifestación, rezagada en el Ensanche, sitiaba el templo, rodándolo con petróleo. Ya ardían las puertas.

La Guardia civil corrió allá a todo galope, abandonando a la manifestación. Aresti sintió un entusiasmo casi igual al del *Barbas*. ¡Ya ardía el odiado cubil! ¡Bilbao despertaba!... Pero iban llegando nuevas noticias. Las puertas sólo habían sido chamuscadas. La presencia de la autoridad había disuelto el grupo incendiario, extinguiendo el fuego.

Era ya más de mediodía. Los grupos se aclararon: todos se iban a comer. Aquello sólo había sido el prólogo de lo que ocurriría luego.

—A la tarde, aquí —se decían unos a otros al alejarse. El médico entró en el restorán del Suizo. En todas las mesas se hablaba de lo que ocurriría por la tarde. A las tres estaban citados los de la peregrinación en el Arenal. Llegarían en varias procesiones desde las distintas parroquias, para reunirse todos en la iglesia de San Nicolás. El plan había sido preparado con el propósito de llamar la atención, de ocupar toda la villa, de hacer un alarde de arrogancia, desafiando a los enemigos.

Muchos esperaban que la fiesta provocadora fuese suspendida. Decían que el gobernador estaba influyendo cerca de sus organizadores para que desistiesen de ella. El padre Paulí se negaba rotundamente, invocando hipócritamente la libertad. Su acólito Urquiola hablaba de la batalla de la tarde con aires de caudillo.

Algunos del restorán parecían desconsolados por la idea de que pudiera suspenderse la romería. Al fin, era un suceso que podía «amenizar» la vida monótona y gris de aquella población. Aresti no dudaba de que se verificase. Conocía a los organizadores, sus propósitos de excitar a la impiedad naciente, para darle la batalla y afirmar así una dominación que consideraban en peligro. En una mesa cercana disputaban dos señores. —Me he fijado en la manifestación —gritaba uno de ellos—. Todos eran Pérez y Martínez, todos *maketos* e hijos de *maketos*, mala gente de la que ha invadido nuestro país. No iba ni uno que tuviese los cuatro apellidos vascongados.

Y hablaba con orgullo de estos cuatro apellidos, que exhibían como una prueba de nobleza todos los del partido bizkaitarra.

—Pues yo los tengo —contestó su interlocutor con acometividad—, y digo que deseo que esta tarde les rompan el alma a los de la romería, y ¡ojalá arrastren a todos los jesuitas!

La división que perturbaba a la villa mostrábase igualmente en el restorán, impulsando a unos parroquianos contra otros, faltando poco para que se arrojasen los platos y se acometiesen con los cuchillos.

A las dos volvió Aresti al Arenal. Formábanse de nuevo los grupos cerca del puente, mirando con hostilidad a los aldeanos que pasaban camino de las parroquias. Circulaban por el gentío las noticias más contradictorias. Ya no se verificaba la romería: oponíase a ella el gobernador, al que los bizkaitarras, en su fervor separatista, llamaban despreciativamente «el cónsul de España». Después corría de boca en boca la certidumbre de que iba a celebrarse la fiesta. Se estaban formando las comitivas en cada parroquia: pronto llegarían al Arenal, para reunirse todas en San Nicolás.

La gran plaza ennegrecíase de gentío inquieto. Una masa de cabezas cubría las aceras y las calles inmediatas. El centro del Arenal estaba desierto: quedaba un gran espacio libre, del que se apartaba instintivamente la gente: un vacío que parecía destinado al coche de unos y otros.

El doctor se sintió arrastrado de pronto por un violento empujón de la muchedumbre, estremecida al adivinar la proximidad del enemigo. Estalló una tempestad de gritos en una calle inmediata. Eran aclamaciones interrumpidas por tiros.

Pasaron en un vaivén tempestuoso por encima del oleaje de cabezas los estandartes de la primera procesión. El médico, sin saber cómo, en uno de los empujones de la multitud, se vio en mitad del Arenal, cerca del desfile de devotos. Iban en grupos, con la cabeza descubierta: los hombres empuñando grandes garrotes y llevando en el pecho el escapulario de la Virgen de Begoña; las mujeres escoltando a los sacerdotes y

mirando a la muchedumbre con sus ojos de hembras duras y fanáticas. Cesaron los disparos al entrar la procesión en la plaza. Entonaban los romeros un himno en vascuence a la «Señora de Vizcaya», y de los grupos salía como respuesta la *Marsellesa* o la *Internacional*.

Agrupáronse los devotos ante la portada de San Nicolás, y la muchedumbre avanzó lentamente hacia ellos. Estrechábase el espacio entre unos y otros, los palos levantábanse amenazantes, los insultos alternaban con los cánticos. De repente, el gentío se hizo atrás, volviendo sus miles de cabezas. Una nueva procesión llegaba por el puente. Se había reunido en la Residencia de los jesuitas; era lo más brillante del ejército devoto que iba a subir a Begoña, el «señorío» de Bilbao, en el que figuraban las familias ricas de la villa, los agitadores del bizkaitarrismo, los alumnos de Deusto. Los padres de la Compañía más famosos presidían las asociaciones obreras organizadas por ellos para contener la impiedad creciente del pueblo.

Desfilaban en grupos, con miradas de reto, abombando el pecho para que se viese bien el distintivo de la Virgen, con una mano oculta en el bolsillo, marcándose bajo la tela el rígido contorno de un arma de fuego. Las señoras caminaban con paso marcial, sin parecer intimidadas por la actitud hostil del gentío, como damas altivas que no temen el mal gesto de su servidumbre, mirando con desprecio a toda esta balumba de pobretones que se sustentaban de lo que sus poderosas familias querían darles.

Estalló un trueno de gritos, insultos e imprecaciones. Aresti vio pasar a Urquiola con el revólver fuera del bolsillo, seguido de alumnos de Deusto y fuertes aldeanos, como un cabecilla, orgulloso de poder realizar dentro de Bilbao lo que sus antecesores sólo habían intentado en las montañas inmediatas durante los dos famosos sitios.

¡Viva Vizcaya! ¡Viva la religión y Nuestra Señora de Begoña! ¡Mueran los liberales!

Algunos discípulos de la Universidad jesuítica, pareciéndoles estas aclamaciones demasiado vulgares, daban vivas a la Unidad Católica, y los aldeanos los respondían con rugidos de entusiasmo, sin entender lo que esto significa, pero adivinando que debía ser algo contra los impíos de la odiada villa.

Aresti vio pasar a la mujer y la hija de Sánchez Morueta. Luego vio a las de Lizamendi en un grupo de señoras, con la falda ceñida y el andar arrogante. Miraban a todos lados, como si buscasen a alguien entre el gentío hostil, y al ver al médico, la madre y la hija mayor casi sonrieron, satisfechas de no haberse equivocado. ¡También estaba allí!... El mal hombre se encontraba donde le correspondía por su impiedad. Aresti vio la mirada de resignación y de lástima que su mujer dirigía al cielo, como si pidiese perdón, con lamentos de víctima, para su alma perdida en el pecado. Después vio destacarse entre un grupo de sotanas a su enorme primo, que marchaba con la cabeza descubierta, brillando la condecoración de la Virgen entre la celosía de sus barbas. Su mirada era arrogante, una mirada dura y hostil desconocida por Aresti.

El médico no pudo ver más. Creyó de pronto que se abría el suelo de la plaza y que huían todos, chocando unos con otros en el terror de la fuga. Rompiéronse en pedazos algunos palos: sonaban las espaldas, al recibir los golpes, con un ruido de cofres vacíos: caían muchos con la cara cubierta de sangre, tropezando en sus cuerpos los que huían. Comenzaron a sonar por todos lados, como chasquidos de tralla, los tiros de los revólveres.

Corrían las señoras a refugiarse en San Nicolás, y los curiosos de las aceras, huyendo de los disparos, se arrojaban de cabeza dentro de los cafés, rompiendo cristales y volcando sillas y mesas.

En un momento se formó un gran vacío en la plaza, quedando sembrado el suelo de garrotes, sombreros y boinas. Algunos heridos se arrastraban manchando de sangre el suelo del paseo. Otros eran llevados en alto por los grupos hacia las farmacias más próximas. Mientras tanto, continuaba el combate entre los más resueltos de una y otra parte.

De la portada de San Nicolás salían descargas cerradas, disparos de revólveres baratos comprados el día antes por los organizadores de la romería, balazos sin dirección, que iban a perderse en la arena del paseo o se incrustaban en los árboles. La mayoría de los obreros carecían de armas y se batían con los puños o con palos, profiriendo en la exaltación de la lucha blasfemias contra la Virgen de Begoña y sus devotos. La batalla se había fraccionado: peleábase en grupos sueltos o individualmente. Los mismos compañeros no se reconocían, y algunas veces se golpeaban creyendo herir a un enemigo.

Aresti permaneció en medio de la plaza, sin reparar en las balas que a corta distancia de él levantaban las cortezas de los troncos. Sentíase empujado de un lado a otro por los empujones de los combatientes, viéndolo todo a través de una niebla gris, como si el sol se hubiese ocultado. Sus pies se enredaban en cuerpos blandos, que le hacían tropezar, y de los que salían gemidos dolorosos.

En este crepúsculo de atolondramiento, vio a un cura enorme que se recogía el manto con una mano y con la otra disparaba su revólver sobre un trabajador, que esquivaba los tiros con agilidad simiesca.

—¡Tú acabarás! —decía blandiendo una faca y desviándose de un salto cada vez que el sacerdote tiraba del gatillo apuntándole.

Y cuando el cilindro del arma rodó sin que saliese ya ninguna detonación, el obrero, con una risa feroz, se abalanzó sobre el cura, abrazándolo, cayendo con él al suelo. Entonces le hundió en la espalda el arma con tanto ímpetu, que la hoja quebróse en dos pedazos.

El doctor creyó de pronto que se había desplomado un árbol sobre sus hombros. Fue un golpe que le sacó de su aturdimiento, haciéndole rugir de ira: un garrotazo en la espalda, que dio fin a toda su bondad irónica de espíritu superior, despertando en él a la fiera. Levantó el bastón y comenzó a dar golpes delante de él, sin mirar a quién alcanzaba, sin pensar que podía ser un amigo, con el ansia de hacer daño, con la embriaguez de la sangre.

Una espalda cayendo contra su pecho le detuvo en su avance. Era un jovencuelo desmedrado y débil, con el raquitismo que da el trabajo cuando es superior a las fuerzas de la edad. Vaciló cual si estuviese ebrio, llevándose las manos a la cara ensangrentada. Al intentar erguirse, un puño enorme cayendo por segunda vez sobre él le hizo rodar por tierra.

Aresti, con los pies inmovilizados por el cuerpo del caído, levantó su bastón. Se alzaba de nuevo, pero ahora contra su persona, aquel puño golpeador como una maza. El médico quedó con el brazo en alto al reconocer al hombre que le acometía.

—¡Tú!... ¡tú!... —gritó con una voz angustiada, como si se desgarrase su garganta.

Tenía ante él a Sánchez Morueta con el puño en alto, las barbas en desorden y una expresión feroz en los ojos: el deseo de exterminar a la canalla impía que insultaba a las personas decentes y había hecho refugiarse a las señoras en la iglesia.

Al reconocer a Aresti, bajo el brazo y la cabeza, como avergonzado. En el mismo instante, algo blando y tibio chocó en una de sus mejillas, escurriéndose por los hilos de su barba. ¡Su Luis, su hermano, le había escupido en el rostro! Era el odio, que no encontraba otra

forma de herirle, ya que las manos se negaban, por un respeto antiguo; era el desprecio al verle anonadando con su fuerza de animal bien mantenido y feliz a aquel aborto de la miseria que estaba en el suelo con la cara ensangrentada.

El millonario miró a su primo con ojos mansos y sin expresión, unos ojos bovinos que parecían pedirle clemencia, al mismo tiempo que se pasaba la mano por la barba borrando el escupitajo del odio.

Fue a hablar, pero no pudo. Un fantasma negro que agitaba su manto como unas alas fúnebres tiró de él. Era el padre Paulí. —Don José, vámonos. ¡A Begoña!, ¡a Begoña! Y le arrastró con paternal solicitud, como si el millonario fuese el primer estandarte de la romería.

Aresti quedó inmóvil, avergonzado de su arrebató... Pero en fin, lo hecho bien estaba, ya que no tenía remedio. Los empellones de la gente que huía le sacaron de su abstracción. Los jinetes de la Guardia Civil corrían al trote por la plaza, amenazando con sus sables. Los romeros se agruparon ante la iglesia y la masa popular se aglomeró en las aceras, dejando la plaza limpia de gente. De vez en cuando la atravesaban algunos hombres llevando en brazos a un herido.

Las piedras arrojadas por los grupos chocaban en la fachada de San Nicolás. Desde las dos torrecillas de la iglesia las contestaban con tiros.

Falta de armas y herida a mansalva desde aquella altura, la muchedumbre rugió impotente, y en un arranque de desesperación, quiso arrojar al asalto del templo. Pero tropezó con un obstáculo que acababa de interponerse entre los dos bandos, una barrera azul y roja en la que brillaban cañones de fusil y correajes lustrosos.

Dos compañías de infantería habían entrado en la plaza a paso gimnástico, colocándose en batalla ante la iglesia. Eran *guiris*, los *ches*, la España en armas que llegaba: la odiosa Maketania, con su pantalón rojo, sostenedora de la impiedad liberal, enemiga de la resurrección de la antigua Vasconia. Los soldaditos, pálidos, con la boca apretada, descansando sobre sus fusiles entre las pedradas y los tiros de revólver, daban frente a la gran masa que protestaba contra la romería.

Llegaban para guardar el orden, pero sus ojos iban instintivamente hacia la muchedumbre devota, como si desearan girar sobre sus talones y hacer fuego apuntando a la iglesia. Los curas armados y vociferantes, los aldeanos fuertes y sumisos como bestias, los señoritos con aires de cabecilla, eran el eterno enemigo. Los soldados husmeaban en ellos a los que en otro tiempo habían asesinado a sus hermanos en las montañas, y aun en el presente deseaban volver a la lucha de emboscadas. El deber, con su peso férreo e irresistible, mantenía inmóvil la doble fila de hombres azules y rojos.

Un oficial vaciló sobre sus pies, y entregando el sable a un soldado, se llevó una mano a un hombro. Acababa de recibir un balazo: le habían herido los que tiraban desde lo alto de la iglesia. Su rostro se contrajo con dolorosa tristeza, más que por la herida, por la amargura de un sacrificio sin gloria; por perder su sangre, no en la montaña frente al eterno enemigo, sino a la puerta de una iglesia, a manos tal vez de un sacristán, de uno de aquellos efebos católicos que, ocultos en las alturas, gritaban como mujeres aclamando a la religión y la Virgen.

La Guardia Civil empujaba a los romeros fuera de la plaza. Salían en bandas de la iglesia con sus estandartes, desgarrados en la lucha, y emprendían la ascensión a Begoña escoltados por los jinetes.

La muchedumbre hostil, contenida en su avance por la tropa, oía cómo se alejaban las cofradías por las calles empinadas que daban acceso al santuario.

—¡Viva la Virgen! —gritaban con el enardecimiento de una lucha en la que habían llevado la mejor parte.

—¡A Begoña!, ¡a Begoña! —aullaba Urquiola agitando el revólver al frente de un grupo.

Y las aclamaciones a la Virgen interrumpíanlas con frecuentes descargas. Sin cesar en sus cánticos, hacían fuego sobre todos los que al borde del camino contestaban a sus aclamaciones con gritos de protesta.

Poco a poco fue quedando desierto el atrio de San Nicolás. Un muerto yacía en la acera, custodiado por dos guardias. Más allá, los grupos rodeaban a varios heridos. Algunos curas se deslizaban con paso lento a lo largo de las paredes, esquivando el gentío. Estaban heridos e iban a curarse en sus casas ocultamente, huyendo de la publicidad y de enojosas declaraciones.

Aresti pasó más de una hora de botica en botica y de café en café, solicitado y arrastrado por muchos que le conocían, llamado allí donde guardaban un herido, esforzándose por curar de primera intención con los medios que tenía a su alcance a muchos infelices, que en brazos de la muchedumbre iban después hacia el hospital.

Indistintamente atendió a unos y a otros: a los que llevaban en el pecho el escapulario de la Virgen y a los que en el paroxismo del dolor creían encontrar un alivio dando vivas a la libertad y la República. La carne herida, destrozada por el choque, la sangre que manchaba las aceras de las calles y los pavimentos de los cafés le causaban inmensa tristeza, haciéndole pensar en la infancia eterna de los hombres. ¡Matarse, herirse por un pedazo de leño groseramente tallado que estaba allá en lo alto, entre luces y flores, mientras existían en el mundo terribles enemigos, como el hambre y la injusticia, que hacían necesario el esfuerzo común y fraternal de todos los humanos!

Mientras los hombres se mataban por la gloria de la Virgen de Begoña, la carcoma, más sabia que ellos, seguiría mordiendo las entrañas de madera del sonriente fetiche: tal vez a aquellas horas algún ratón roía las patas del ídolo milagroso bajo su hueca saya de pedrería.

El médico, fatigado por las emociones de la tarde y la violencia de estas curas realizadas entre la curiosidad enojosa de las gentes, respiró satisfecho cuando no le presentaron más heridos.

Paseó entonces por la orilla de la ría, pensando en el encuentro con su primo, que seguramente sería el último. La injuria a Sánchez Morueta mordía su memoria: aquel salivazo parecía haber caído sobre su alma. ¡Ay, el intruso, el maldito intruso! ¡Cómo se había injerido entre ellos, matando todo afecto, anulando con el poder frío de la muerte todo un pasado de cariño fraternal!... No habían reñido cuerpo a cuerpo, como los hermanos en las guerras civiles, pero se habían herido en el alma, separándose para siempre, lo mismo que bestias enfurecidas. Se acabó la familia. Aresti estaba solo en el mundo.

Varios grupos de muchachos corrían vociferando por las riberas del Nervión. Algunas mujeres daban alaridos, haciendo la señal de la cruz. ¡Se iba a acabar el mundo!... Un tropel de desalmados, furiosos después de la lucha en el Arenal, se habían esparcido por las Siete Calles, escalando las hornacinas que cobijaban las imágenes de los patronos de la Bilbao antigua.

Los santos eran arrojados de sus capillas y arrastrados después hasta la ribera entre las patadas y salivazos de la turba, que quería vengar en estos cuerpos de palo pintados y dorados la sangre derramada por otros de músculos y huesos. ¡Al agua los santos! Y caían de cabeza en la ría vírgenes y bienaventurados, flotando después de la inmersión con la ligera porosidad de la madera vieja.

La muchedumbre seguía por las riberas el tardo descenso de las imágenes empujadas por la corriente. Silbaban y aplaudían viendo el cabeceo de los santos, mientras algunas mujeres, con arrojo de mártires, insultaban a los impíos, amenazándoles con las manos crispadas.

Una imagen de la Virgen de Begoña arrancada de su hornacina era la que más llamaba la atención. ¡Ella tenía la culpa de todo!... Y la silbaban e insultaban, mientras la imagen descendía tendida de espaldas, mostrando a flor de agua su vientre dorado y su carita de muñeca sagrada. Un gabarrero, cruzando la ría en su barcaza, avanzó hacia la imagen como si quisiese cortarla el paso. Los devotos aplaudieron, presintiendo la piedad del marinero. ¡Iba a salvar a la Virgen!

Cuando su barca estuvo cerca cesó de manejar el remo, y levantándolo en alto, después de mirar a ambas orillas, dio con él un golpe tremendo a la imagen, que desapareció en un remolino de agua para no flotar más. Entonces fueron los otros los que prorrumpieron en aplausos, mientras los devotos elevaban los ojos al cielo. ¡También sobre las aguas se mostraba la impiedad de la villa!...

Frente a un grupo peroraba un hombre de aspecto miserable, con movimientos desordenados, como si fuese un loco. Aresti reconoció al *Barbas*.

—Lo de hoy no vale nada —gritaba—. No me parece mal que la gente meta mano a los que por tanto tiempo la han tenido engañada, pero después de esto hay que ajustar la cuenta a los que la roban. Hoy ha sido la batalla de los santirulicos; mañana será la del pan. Ya bajarán del monte los que han producido con su trabajo las riquezas de todos los ladrones de aquí, y reclamarán su parte. Y nada de peticiones ordenadas, ni de aumentos de jornal, ni de limosnas. ¡Fuera los cataplasmeros! A cada uno lo que le corresponde, y al que se oponga, ¡dinamita!... ¡moño!, ¡dinamita!

Aresti se alejó para que no le viese este energúmeno, que parecía enardecido por la sangre de la reciente lucha.

Sus palabras evocaron en el pensamiento del médico las minas, con su población miserable roída por las necesidades materiales y la desesperación de los que sienten hambre de justicia. Desde aquellos picachos rojos, transformados y revueltos por la herramienta del peón y el trueno del barrenador, un nuevo peligro espiaba a la villa opulenta y feliz. Después del choque provocado por el fanatismo dominador, vendría la huelga de los infelices, la reclamación imperiosa de la miseria.

Un ejército enemigo se ocultaba tras de aquellas montañas que cerraban el horizonte, una horda hambrienta que algún día caería sobre la población, como en otros tiempos las gavillas del absolutismo. Bilbao estaba amenazada de un tercer sitio; pero en este último no se detendrían los enemigos ante las defensas exteriores: se esparcirían por las calles y bloquearían a la riqueza en sus magníficas viviendas. La guerra, que hasta entonces había sido en nombre del pasado, se repetiría en defensa del porvenir. Los nuevos sitiadores llevarían la miseria como bandera, y como grito de combate el derecho a la vida.

El doctor pensó en la posibilidad de que desapareciese aquella riqueza origen de tantos males. ¿Para qué servían los tesoros de las minas? Habíase embellecido exteriormente la población, tomando el aspecto de una capital: la grandeza de la industria moderna tronaba en la ría por las chimeneas de fábricas y buques; pero la vida era más triste que antes. Con la riqueza habían llegado aquellos hombres negros que se hacían los amos de todo. apoderándose de las conciencias, para acabar poniendo sus manos en los bienes materiales.

Si la riqueza de la villa se agotase de pronto, estas aves de sombra levantarían el vuelo hacia otras tierras. El país sería más pobre, pero rebrotaría en él, como planta consoladora, la alegría de la vida.

La antigua Bilbao de los comerciantes y los marinos, la que aún no conocía el valor del hierro, había sido más feliz en la paz de un trabajo lento y ordenado y la llaneza fraternal de sus costumbres que la villa moderna con sus improvisadas fortunas, sus ostentaciones locas y una riqueza disparatada y rápida que iba a perderse en su mayor parte en las oscuras tragaderas del intruso negro, aparecido en la hora suprema de la fortuna para sentarse al lado de los favoritos de la suerte, ofreciéndoles el cielo de una participación en el botín.

El saqueo de la Naturaleza, la amputación de sus entrañas de hierro, había servido únicamente para la felicidad de unos cuantos y para que el parásito sagrado que se ocultaba tras de ellos fuese el verdadero amo de todo. ¡Debía terminar este Carnaval de la Fortuna, que sólo servía para dar nuevas fuerzas al fanatismo religioso e irritar a la miseria con una concentración loca de riqueza que avivaba los odios sociales!...

Se empobrecían las minas. Los optimistas las daban vida . para veinte años; los más crédulos llegaban hasta treinta. Después vendría el agotamiento, la nada. La montaña quedaría con sus esqueleto calcáreo al descubierto, sin guardar el más leve harapo del manto que la había vestido durante siglos, más rico que el de los grandes dominadores de la tierra. Algunas minas quedaban abandonadas, como los caballos moribundos a los que se olvida cuando ya no pueden dar utilidad. En otras se aprovechaba la escoria de las viejas explotaciones para extraer el hierro que habían respetado los métodos antiguos. Se derribaban en Gallaría barriadas enteras construidas algunos años antes, para aprovechar el mineral de sus paredes. Se vivía con los residuos de la época de prosperidad, como en ciertas casas donde asoma la escasez y se aprovechan para un nuevo yantar las sobras de la comida anterior.

Tras esto iba a sobrevenir la completa carencia de mineral, y resultarían inútiles todas las estrategias de aprovechamiento. Sólo encontrarían la tierra pobre y estéril, sin la menor partícula de hierro; y entonces sería el ¡sálvese quien pueda!, el momento terrible de la vuelta a la pobreza, la fuga desordenada y arrolladora de la muchedumbre que había satisfecho su hambre trabajando en la cantera y dejando entre sus pedruscos lo mejor de su vida, el aislamiento de los poderosos, encerrándose en el arca de su riqueza para flotar sobre este Diluvio final.

La Fortuna habría pasado un momento por esta tierra, como por otros países, sin dejar nada sólido. Bilbao ofrecería alguna vez el aspecto de las ciudades históricas de Italia, que fueron grandes, llenando el mundo con el poderío de su comercio, y hoy son melancólicos cementerios de un pasado glorioso. Quedarían en pie los palacios del Ensanche, la ría prodigiosa, con su puerto que parece esperar las escuadras de todo el mundo. Pero los palacios estarían desiertos; el abra, con sus contados buques, tendría la triste grandeza de una jaula inmensa sin pájaros, y las fundiciones, los altos hornos, los cargaderos, serían ruinas, con sus chimeneas rotas, semejantes a esas columnas solitarias que hacen aún más trágica la soledad de las metrópolis muertas.

Ebrios por el vino enloquecedor de la suerte, los dueños de tanta riqueza no habían querido crear industrias nuevas que viviesen libres de la servidumbre de la mina. Las luchas industriales, con sus complicaciones y riesgos, no les habían tentado, acostumbrados como estaban a las fáciles y seguras ganancias de un país donde sólo hay que arrancar los pedruscos del suelo para enriquecerse. La vida de la villa, el movimiento de su puerto, la existencia de sus fábricas, todo estaba sometido a la tierra roja arrancada de la montaña. El hierro era la sangre de Bilbao, el aire de sus pulmones, y si de pronto le faltaba, caería la villa ostentosa con repentina muerte; tal vez iba a desaparecer, como el decorado de una comedia de magia, aquella riqueza creada de pronto, y que para la masa infeliz era una opulencia insultante.

Algún día, los pasos de los raros transeúntes iban a despertar el mismo eco fúnebre en las calles del Ensanche de Bilbao que los del viajero al vagar entre los muertos palacios de Pisa. Bien podía ser que el Océano enemigo cegase la ría con una barra de arena, y sólo de tarde en tarde remontase su corriente algún barco mercante.

Aresti acariciaba con amor esta perspectiva desoladora. Su Bilbao volvería a ser la villa comercial, la de las famosas ordenanzas, con una vida mediocre y pacífica, sin enormes capitales, pero limpia la conciencia del remordimiento que parecía pesar sobre ella cuando desfilaba por sus calles el ejército de la miseria, los parias del trabajo en huelga, los que exhibían como una acusación muda sus harapos y su cara de hambre ante los palacios de los ricos.

Y al ausentarse la Fortuna loca, se marcharían tras de sus pasos aquellos hombres negros que la seguían a todas partes como merodeadores, y sólo se mostraban hablando del cielo allí donde se amontonaban los beneficios de la tierra. No vacilarían en abandonar esta tierra al verla exhausta. La olvidarían como olvidaban a los países pobres, cual si en ellos no existiesen hijos de su Dios.

Aresti, al pensar que la ruina de su país sería la señal para que los invasores levantasen sus tiendas, deseó que aquélla llegase cuanto antes. Sonreía pensando en el agotamiento de las minas como en una catástrofe providencial y salvadora.

Llevaba más de dos horas paseando por una ribera del Nervión. Comenzaba la agonía de la tarde. A lo lejos, por la parte del mar, ocultábase el sol tras de la cumbre del Serantes. Un grupo de muchachos seguía la lenta flotación del último santo, arrojándole piedras para que no se detuviese en las revueltas de la corriente.

Después de las agitaciones de la tarde, la calma majestuosa del crepúsculo parecía envolver suavemente el espíritu de Aresti. Elevando su pensamiento. Ya no se acordaba de su villa, de aquel pedazo de tierra donde había de morir.

Ahora pensaba en la humanidad; en el largo y doloroso camino que aún tenía por delante; en la oscura selva por donde marchaba, encadenados sus pies con los hierros del pasado, teniendo las manos doloridas hacia el Ideal, hacia la Justicia, que brillaba lejos, como una estrella perdida en la noche.

El sol se había ocultado. Sobre las aguas, ligeramente enrojecidas por el resplandor sangriento del cielo, flotaba la imagen del último santo.

Aresti pensó en el ocaso de los dioses, en el último crepúsculo de las religiones. ;Ay, si la noche que iba a llegar fuese eterna para los viejos ídolos!, ¡si al salir de nuevo el sol viese la tierra limpia de todas las leyendas engendradas por la debilidad de los hombres, balbuciente y temblorosa ante el negro secreto de la muerte!...

El doctor contemplaba la fuga del ídolo sobre las aguas. y como atraído por él, lo siguió un buen rato a lo largo de la ribera.

Soñaba en el día glorioso de la humana redención; cuando desapareciesen los dioses y diosecillos de sonrisa afeminada que habían mantenido a los hombres durante siglos en la esclavitud, cantándoles la canción de la humanidad y de la repugnancia a la vida, arrullándolos, en su eterna niñez, con la apología de una resignación cobarde ante las injusticias terrenales...

No; aquellos ídolos habían engañado a la humanidad demasiado tiempo, y debían morir. Sus días aún serían largos, pero estaban contados. Los hombres comenzaban a maldecirlos, tendiendo hacia ellos las manos hostiles con la sublime rebeldía del sacrilegio.

Eran los encubridores de la injusticia. Bajarían de sus altares, como habían descendido los dioses del paganismo cuando les llegó su hora, a pesar de que fueron más hermosos que aquéllos. Quedarían en los museos, entre las divinidades del pasado, feos y vulgares, sin lograr siquiera la admiración que inspira la armoniosa desnudez; se confundirían con los fetiches grotescos de los pueblos primitivos; y la humanidad, incapaz ya de representar bajo formas groseras sus aspiraciones y anhelos, adoraría en el infinito de su idealismo las dos únicas divinidades de la nueva religión: La Ciencia y la Justicia social.

FIN

Playa de la Malvarrosa (Valencia)  
abril-junio de 1904